

— Pues aún hay otro sitio más feo; — dijo mistress Pipchin; — que es donde encerramos á los niños malos.

— ¿ Ha estado allí *éste*? — preguntó Pablo señalando con el dedo á Bitherstone.

Mistress Pipchin contestó con un signo afirmativo. En todo lo restante del día no hizo Pablo más que vigilar al señor Bitherstone, mirándole y remirándole con el interés que merecía quien había pasado por tan misteriosas y terribles experiencias.

Á la una en punto sirvieron la comida, compuesta principalmente de farináceas y vegetales. Miss Pankey (una niña, de ojos azules, á la que todas las mañanas friccionaban hasta casi arrancarle el pellejo) fué sacada de su cautividad por el ogro mismo, quien la hizo saber, que toda persona que se atreviese á resoplar delante de visitas, no entraría jamás en el cielo. Luego de haberla inculcado bien esta gran verdad, se obsequió á la niña con un plato de arroz. Luego rezó la niña la fórmula de gracias acostumbrada en el castillo, y que terminaba con una cláusula especial de agradecimiento á mistress Pipchin, por tan buena comida. La sobrina, Berinthia, comió un pedazo de carne de cerdo, fiambre. En cuanto á mistres Pipchin, como su constitución exigía una alimentación especial, le sirvieron chuletas de carnero, muy calientes, entre dos platos, que despedían un olorillo muy agradable.

Cuando concluyeron de comer, estaba lloviendo, de modo que no fué posible salir á pasear por la playa. Y como el temperamento de mistress Pipchin requería el descanso, después de las chuletas, los niños pasaron acompañados de Berry, por otro nombre Berinthia, á la torre, esto es, á la habitación grande,

desde cuyas ventanas se veía, por toda perspectiva, un gran paredón blanqueado con cal y un enorme tonel, depósito de agua; y el interior era todavía más desagradable, gracias á la ruinosa chimenea que no tenía ni hornillo para encender la lumbre. Sin embargo, el regocijo de los niños hacia de este cuarto el más alegre de la casa. Berry se mezcló en el juego de los muchachos y alborotó tanto como ellos, hasta el instante en que mistress Pipchin golpeó incomodada en la pared para imponer silencio. Entonces hicieron corro en derredor de Berry, que se puso á contarles cuentos hasta la caída de la tarde.

En vez de te, les dieron, en abundancia, leche aguada, con pan y manteca. Mistress Pipchin y su sobrina tomaron, entre ambas, un jarrito de te negro, que mistress Pipchin acompañó, por su parte, con un ilimitado número de tostadas, bien untadas de manteca, y calentitas como las chuletas. Tantas comió, que se manchó la cara y las manos de grasa; pero no por eso pareció maravillarse por dentro, pues continuó tan áspera de ánimo y tan seca, sin que cambiara de expresión su ojo duro y ceniciento.

Concluido el te, Berry cogió una cajita de labores. en cuya tapa lucía el pabellón real, y se puso á trabajar con ardor. Entretanto, mistress Pipchin acomodó sus anteojos en la nariz, abrió un gran volumen forrado de tela verde y empezó á echar su sueño. Y cada vez que se despertaba sobresaltada justo cuando iba á caérsele el libro en la lumbre, daba un fuerte tirón de la nariz á Bitherstone, que se permitía también dormir en otra silla.

Por último, llegó la hora de acostarse: subieron los niños á su cuarto y luego de rezar se metieron en sus camitas. Como miss Pankey tenía mucho miedo

á oscuras, mistress Pipchin se imponía el deber de acompañarla ella misma hasta su cuarto, lo mismo que si fuera una ovejita. Y era curioso ver cómo, después de acostada aquella niña, de cuando en cuando se quejaba en su oscurísima habitación y entonces mistress Pipchin abría la puerta y la reñía duramente. Á cosa de las nueve y media, el olor á ternera caliente (la constitución de mistress Pipchin no le permitía irse á la cama sin tomar un poco de ternera caliente) se repartía por toda la casa, cambiando algo la ordinaria fragancia de ésta que era lo que mistress Wickam llamaba « olor á casa en construcción. »

Y poco después el castillo quedaba sumido en un sueño profundo.

El desayuno, al siguiente día, consistió en un te como el servido por la tarde, sólo que mistress Pipchin tomó un bollo en lugar de tostada, pareciendo, después de este desayuno, que estaba de peor humor que de costumbre. Á título de recreo, leyó Bitherstone un trozo del Génesis (juiciosamente escogido por mistress Pipchin), descifrando aquella lista de nombres con la facilidad y presteza de un presidiario que arrastra su cadena. Hecho esto, entró en turno miss Pankey para las fricciones, y Bitherstone salió á tomar un baño de mar, de donde volvió amoratado y abatido. Pablo y Florencia fueron á pasearse por la playa, acompañados de Wickam: la pobre mujer no hacía más que llorar día y noche. Al medio día, mistress Pipchin presidió unas lecturas infantiles — que no eran infantiles, pues el sistema de mistress Pipchin no era dejar que la inteligencia de los niños se formase y desarrollase como una delicada flor, sino hacer que se abriese por fuerza, como una ostra:

la moralidad de estas lecturas era, generalmente, de violencia y emocionante: el héroe — un muchacho travieso — comúnmente era víctima de alguna catástrofe ó concluía entre las garras de un león ó de un oso.

Tal era la vida en casa de mistress Pipchin. Los sábados llegaba mister Dombey: Pablo y Florencia iban á verle, al hotel, y tomaban el te con él, después daban un paseo en coche, antes de comer. En estas ocasiones, mister Dombey parecía multiplicarse como los asaltantes de Falstaff, y en lugar del hombre del bocací aparecía una docena de ellos. La tarde del domingo era la más triste de la semana, porque mistress Pipchin se había impuesto la obligación de estar de peor humor en esos días. Generalmente iba miss Pankey á pasar los domingos en casa de una tía suya, en Rottingdean, de donde volvía desconsolada. En cuanto á Bitherstone, cuyos parientes todos estaban en la India, se veía obligado á encuchar todos los rezos dominicales de pie, recostado en la pared de la sala, sin mover pie ni manos, sufriendo tanto de su espíritu, que un domingo, por la tarde, preguntó á Florencia si podría indicarle el camino para ir á Bengala.

Y, sin embargo, generalmente se decía que mistress Pipchin era una mujer superior para la educación de los niños. Ciertamente, los más traviosos tornaban á sus casas bien cambiados después de pasar unos cuantos meses en aquella hospitalaria residencia. Generalmente se decía también que hacía mucho honor á mistress Pipchin el haberse consagrado á este género de vida, el haber sacrificado de tal modo sus gustos, el haber soportado con tanta firmeza sus desgracias, luego de haber muerto su marido por la

rotura del corazón, hallándose en las minas del Perú.

Sentado Pablo en su silloncito, cerca de la lumbre, no se cansaba de contemplar á la vieja señora. No sabía lo que era aburrirse cuando estaba distraído en mirarla. No la quería, ni tampoco tenía miedo de ella; pero con sus inclinaciones y sus gustos de viejecillo, se sentía atraído por ella. Allí estaba mirándola y restregándose las manos, y volviendo á mirarla, tanto que mistress Pipchin, no obstante ser un ogro, llegaba algunas veces á turbarse. Un día que se encontraban solos, preguntó á Pablo en qué pensaba.

— En usted; — contestó Pablo, sin la menor reserva.

— ¿Y qué pensaba usted de mí? — insistió mistress Pipchin.

— Pienso que es usted muy vieja; — dijo Pablo.

— Eso no se dice caballerito. Eso no está bien; — contestó mistress Pipchin.

— ¿Y por qué no está bien? — preguntó Pablo.

— Porque no es cortés; — repuso su interlocutora con aspereza.

— ¿No es cortés?

— No.

— Pues tampoco es cortés, — dijo inocentemente Pablo; — comerse todas las chuletas y tostadas: bien lo dice Wickam.

— ¿Wickam dice eso? — exclamó mistress Pipchin, roja de ira. — Wickam es una descarada, una insolente, una sin vergüenza.

— ¿Qué quiere decir sin vergüenza? — preguntó Pablo.

— Lo que á usted no le importa, señor mío; — contestó mistress Pipchin. — Y acuérdesse usted de

aquel niño, á quien le sacó las tripas un toro furioso, por haber hecho preguntas impertinentes.

— Si el toro estaba furioso — dijo Pablo — ¿cómo podía saber que el niño había hecho preguntas? Nadie va á referir secretos á la oreja de un toro. Yo no creo ese cuento.

— ¡Cómo! ¿qué no lo cree usted? — repuso mistress Pipchin, verdaderamente asombrada.

— No lo creo.

— Ni tampoco lo creería usted, señor incrédulo, si en vez de un toro se tratara de un tranquilo borrego, dijo mistress Pipchin.

Como Pablo no había considerado el tema desde aquel nuevo punto de vista, preocupado nada más con la supuesta furia del toro, se quedó parado por el momento. Pero se puso á reflexionar con tan evidentes intenciones de acometer, que mistress Pipchin, á pesar de su carácter inflexible, juzgó prudente una retirada para dar lugar á que se olvidara aquel tema.

Desde aquel momento se hubiera dicho que la atracción entre Pablo y la vieja señora era reciproca. Mistress Pipchin, cuando se sentaba por la noche junto á la chimenea, ponía á su lado, y no ya en frente, el sillón para Pablo: allí se estaba éste entre la chimenea y mistress Pipchin, á la sombra de la negra vestidura, estudiando la fisonomía de la señora, sus arrugas y el ojo ceniciento y duro, de tal manera, que mistress Pipchin, desconcertada, lo cerraba algunas veces como dormitando. Mistress Pipchin tenía un gato, negro y viejo, que siempre se acomodaba delante de la chimenea, gruñendo de satisfacción y mirando á la lumbre hasta que sus pupilas se reducían á dos signos de admiración. Sin faltar á los respetos debidos á esta vieja señora, cabía

decirse que podíasela tomar por una bruja, y á Pablo y al gato, por sus dos diablos familiares, y nada hubiera tenido de particular el haberlos visto desaparecer una noche por la chimenea, arrastrados en un torbellino, sin que jamás se hubiera vuelto á saber de ellos.

Sin embargo, no sucedió esto nunca. El gato, Pablo y mistress Pipchin estaban invariablemente en sus sitios por la noche. Esquivando Pablo la compañía de su camarada Birtherstone, estudiaba á mistress Pipchin, luego al gato y después la lumbre, noche tras noche: era como un tratado de necromancia, en tres volúmenes.

Mistress Wickam trataba, por su parte, de explicarse las excentricidades de Pablo y como no tenía más distracción para su espíritu que la contemplación de las chimeneas, á que daba vista su cuarto, y el perpetuo ruido del viento, cada vez iba ensimismándose más en sus ideas negras. La vida que llevaba (á la baqueta, según su expresión) la inspiraba deducciones tristísimas. Por otra parte, mistress Pipchin había prohibido á su criada, una jovencilla, tener la menor relación con mistress Wickam. Para saber si era obedecida, empleaba la mayor parte de su tiempo en esconderse detrás de las puertas y salir de repente cuando la criada se aproximaba al cuarto de Wickam. En cambio, Berry tenía permiso para relacionarse con la niñera de Pablo tanto como quisiera, á condición de no descuidar por esto las múltiples ocupaciones, que reclamaban su atención mañana y tarde. De este modo Berry era la confidenta de mistress Wickam.

— ¡Qué guapito está cuando duerme! — dijo Berry contemplando al niño en la cama, una noche

en que había subido la cena á mistress Wickam.

— ¡Ah! — suspiró mistress Wickman; — eso es lo de menos.

— No es decir que sea feo despierto; — añadió Berry.

— No señora, no; tampoco lo era la hija de mi tía, Betsey Jane — dijo Wickam.

Berry se quedó mirándola como preguntando qué relaciones podía tener aquélla con lo que se decía de Pablo.

— La mujer de mi tío, — prosiguió mistress Wickam, — murió lo mismo que ha muerto la madre de Pablito. La hija de mi tío era tan triste como lo está siendo este niño: digo á usted que á veces daba frío verla.

— ¡Cómo! — exclamó Berry.

— No hubiera querido hallarme yo una noche á solas con Betsey Jane, — dijo Wickam. — Ni aunque me hubieran prometido establecer al siguiente día á mi marido en propia tienda: le digo á usted que no me hubiera quedado á solas con ella.

Naturalmente, Berry preguntó la razón. Pero mistress Wickam, siguiendo el sistema de muchas mujeres de su clase, en lugar de contestar, siguió explicando el caso.

— Betsey Jane era la niñita más dulce que he visto yo en mi vida. Le digo á usted que no he visto nunca otra niñita tan cariñosa. Pasó por todas las enfermedades que suelen padecer los niños; especialmente era propensa á los calambres, como usted lo es á los granos.

Miss Betsey Janne, — prosiguió mistress Wickam, bajando la voz y mirando en derredor del cuarto hasta parar la vista en Pablo, — había recibido en su

cuna la visita de su difunta madre. No sé, no podría decir cómo y cuándo sucedió eso, y además ignoro si la pequeña estaba enterada de ello; pero es seguro que Betsey Janne había sido mirada por su madre. Me dirá usted que no tiene sentido esto; no me incomodará porque usted lo diga; ojalá se persuada usted bien de que lo que estoy diciendo no tiene sentido, más tranquilidad de espíritu tendría usted en esta casa que — con permiso de usted — parece un verdadero cementerio. Cada día me produce más tedio... Creo que Pablo está soñando; haga usted el favor de darle unas palmaditas en la espalda.

— De manera, que al parecer de usted — dijo Berry al mismo tiempo que cumplía el encargo de las palmaditas — ha sido visitado, también él, por su difunta madre...

— Betsey Janne — repuso mistress Wickam con tono solemne — fué tocada por la muerte, lo mismo que lo ha sido este niño y fué cambiada lo mismo que lo ha sido éste. Yo la he visto infinitas veces quedarse mirando, tiempo y más tiempo, como lo hace este niño, con ese aspecto viejo, viejo, viejo. Le he oído hablar muchas veces exactamente como este niño habla. En fin, miss Berry, para mí, hay una perfecta semejanza entre ambos casos.

— ¿Vive la niña de que usted habla? — preguntó Berry.

— Sí, señora, vive; — contestó mistress Wickam con aire de triunfo, pues era evidente que miss Berry esperaba una contestación contraria. — Sí, señora, ella vive; — añadió Wickam, poniendo bien de relieve el pronombre *ella*.

Como era claro que esto significaba la muerte de

alguien que no era ella, miss Berry preguntó quién había muerto.

— No quiero asustar á usted — contestó mistress Wickam. — No me lo pregunte.

Seguramente no había mejor medio de que miss Berry insistiera en la pregunta. Ante la insistencia de la joven y no sin resistir algo más, mistress Wickam, que estaba comiendo, dejó el cuchillo que tenía en la mano; miró por todos los rincones del cuarto y hacia la cama de Pablo y contestó:

— Tomó cariño á varias personas, unas veces á capricho, otras, como era natural que quisiera. Todas han muerto...

Tan lejos estaba miss Berry de esperar este desenlace terrible que se dejó caer, sentada, en la cama del niño, presa del mayor susto y mirando con terror á Wickam. Ésta, con ademán misterioso, alzó el dedo y señaló la cama donde dormía Florencia: después señaló el suelo; justamente debajo correspondía la habitación donde mistress Pipchin, comúnmente, se atracaba con las chuletas.

— Acuérdesse usted de mis palabras, miss Berry; — dijo mistress Wickam; — y alégrese usted de que Pablo no la tenga mucho cariño. Por mi parte, estoy muy contenta de que no me haga mucho caso este niño. Perdone usted mi libertad; pero hay tan pocos momentos de expansión en esta casa !...

Sea que la emoción hiciera dar á miss Berry más fuerte de lo que requerían los golpecitos en la espalda de Pablo, sea que se parase de pronto en este ejercicio monótono, es lo cierto que Pablo se despertó en aquel instante, se incorporó en la cama, y, sudoso, bajo la impresión de una pesadilla, empezó á llamar á Florencia. Al oírle, saltó Florencia de su

cama, corrió hacia la de su hermano, é inclinándose sobre su almohada, le tranquilizó poniéndose á cantar en voz bajita para que se durmiera de nuevo. Mistress Wickam sacudió la cabeza, señaló á Berry el grupo que formaban los dos niños y levantó su vista al techo, empañados sus ojos de lágrimas.

— Buenas noches ; — dijo mistress Wickam á Berry, hablándola en voz baja ; — ¡ buenas noches ! y no se olvide usted de que su tía tiene ya muchos años...

Mistress Wickam acompañó estas palabras con una mirada de conmiseración profunda, y luego cuando se encontró nuevamente sola con los dos niños y volvió á escuchar el zumbido triste del viento, se entregó á la melancolía, que es un gusto económico y fácil, hasta que se fué rindiendo al sueño.

Aunque la sobrina de mistress Pipchin no esperaba precisamente hablar á aquel dragón ejemplar, tendido sin vida en la alfombra junto á la chimenea, no dejó de alegrarse al verla, aunque más severa, más desagradable que de costumbre y muy dispuesta, según las apariencias, á vivir largos años para dicha de cuantos la conocían. Durante la semana siguiente no se notó tampoco que la buena señora fuera debilitándose : continuaron desapareciendo metódicamente, una tras otra, las chuletas que convenían á su temperamento. Y, sin embargo, Pablo seguía estudiándola con atención, sentado, entre la chimenea y el vestido negro, con una constancia inquebrantable.

No obstante, el mismo Pablo daba señales de ir perdiendo salud en aquella casa : tenía, es verdad, mejor semblante, pero carecía de fuerzas. Fué preciso comprarle un cochecito. Sentado en él, entretenido con la cartilla, y otros libritos elementales, le

llevaban á pasear junto al mar. Para empujar el cochecito buscaron un muchacho robusto y sanote que daba la impresión de frescura. Pero Pablo no quiso admitirlo y prefirió en lugar de aquel mozo su abuelo, enjuto y arrugado con cara de cangrejo, vestido de tela embreada, coriáceo en fuerza de sufrir el agua del mar y con olor á las algas marinas como la arena de la playa en la marea baja.

Empujado por tan amable servidor iba Pablo á paseo, junto al mar, por la tarde.

Florencia caminaba junto á él y la abatida Wickam cerraba la marcha. Cuando llegaban á la playa se quedaba allí el coche. Pablo sentado en él horas enteras y sin admitir en su compañía á ningún otro niño, fuera de Florencia.

— Muchas gracias ; — decía si algún niño se le acercaba ; — pero no le necesito : haga el favor de marcharse.

Y si el niño le preguntaba cómo iba de salud, Pablo respondía.

— Estoy bien, muchas gracias. Pero váyase usted á jugar ; es lo mejor que puede hacer. Hágame el favor de marcharse.

Y mientras el niño se alejaba, Pablo se volvía hacia su hermana diciéndole :

— Nosotros no necesitamos á nadie, ¿ verdad, Florencia ? Abrázame.

Algunas veces hasta Wickam parecía estorbar á Pablo : le agradaba que aquella mujer se fuese por la playa adelante en busca de caracolillos ó de personas con quienes hablar. Sobre todo le gustaba á Pablo ir á los lugares solitarios, á un sitio por donde no pasase nadie. Y cuando sentada Florencia á su lado le leía algún libro ó se entretenía en alguna labor, conver-

sando con él, ya Pablo no apetecía cosa alguna.

— Florencia ¿dónde está la India; — dijo una vez Pablo; — ese país donde viven los parientes de Bithersstone?

— ¡Oh! está muy lejos; — contestó Florencia levantando la vista de la costura en que estaba ocupada.

— ¿Semanas de viaje? — preguntó Pablo.

— Sí; muchas semanas de viaje, día y noche.

— Dime, Florencia; — añadió Pablo, después de un momento de silencio; — si tu estuvieses en la India, yo... ¿Qué es lo que ha hecho mamá, dime; que lo he olvidado?

— Querermelo mucho; — repuso Florencia.

— No, no es eso lo que ha hecho mamá. Yo también te quiero mucho. Pero lo que ha hecho mamá, es... ¿cómo se llama eso?... Ah, sí, *morirse*. Pues si tú estuvieses en la India yo me moriría.

Florencia echó á un lado la costura, se inclinó hacia su hermano, le acarició y le dijo que también ella se moriría si él estuviese en la India; pero que no tuviese cuidado, que pronto se pondría mejor.

— ¡Oh! ya estoy mucho mejor; — repuso Pablo. — Pero no es eso lo que quiero decir; lo que quiero decir es que me moriría viéndome tan afligido y solo.

Otra vez, en el mismo sitio se durmió y estuvo tranquilo largo tiempo. Se despertó de pronto, se incorporó y se puso á escuchar con inquietud y desasosiego.

Florencia le preguntó qué era lo que oía.

— Quisiera saber lo que dice; — contestó Pablo. — El mar, Florencia. ¿Qué repite siempre?

Le contestó su hermana que no era más que el ruido de las olas.

— Sí, sí, ya lo sé; — dijo Pablo; — pero repiten

siempre lo mismo, siempre lo mismo... ¿Qué hay más allá del mar? — Y diciendo esto Pablo, se puso en pie para mirar al horizonte.

Florencia le dijo que más allá existían otros países; pero Pablo, que no era eso, sino más allá, aún más allá, más lejos...

Desde entonces, parábase á menudo en medio de la conversación, poníase de pie mirando lejos, muy lejos, más allá siempre y escuchando aquello que decían las olas.